

MIL Y UN DÍAS DE INCLUSIÓN ESCOLAR

“Una sociedad humanamente vivible exige un núcleo de instituciones y valores compartidos por los socios que la forman. Estos mínimos compartidos no anulan las diferencias, antes bien las hacen posibles y las potencian”

Adela Cortina

MARTHA LUCÍA MENDOZA ALBA

Licenciada en Administración y Planeamiento Educativo. Universidad de Pamplona.
Especialista en Docencia Universitaria. Universidad Cooperativa de Colombia.
Magíster en Pedagogía. Universidad Industrial de Santander.
marthalucia327@hotmail.com

Cómo citar esta crónica:

Mendoza, M. (2011). Mil y un días de inclusión escolar, crónica educativa. *Espiral, Revista de Docencia e Investigación*. 1, (1), 143 - 146

De la mano de su padre, un hombre de contextura fuerte y mirada distante cuyo rostro refejaba la desidia que el tiempo y la vida le enseñaron a cultivar, atravesó la primera reja. Como un presagio de su propia historia, los pasos de su padre seguidos de los de ella, se encaminaron a la segunda reja. Ahora estaba más cerca del gran portón en cuya frente se leía la palabra *Colegio* seguida de otras palabras que para ella no fueron importantes.

El portón se abrió y sus pequeños ojos con la timidez del encuentro recorrieron el espacio. Era no solo desconocido, sino inquietante. Recordó su escuela, cabría perfectamente en la cancha que tenía frente a sus ojos, los salones construidos a su alrededor le hicieron evocar las dos aulas en que vivió su primaria. Las voces emotivas y amontonadas que salían por los ventanales le hicieron sentir confianza; el colegio sería su escuela, ella había crecido y era concebible que su padre lo notara y por esa razón la llevó a un sitio tan lejano y con mucha gente, tanta que en la sola cuadra de su nueva casa era difícil reconocer a todas las personas.

Sus pensamientos la hicieron alejar del diálogo que su padre sostenía con el Coordinador del colegio. El acecho de sus ojos a todo aquello que se moviera la aferraba a la mano de su progenitor, pero sus oídos estaban absortos en otros escenarios, por eso cuando la mano de su padre se desprendió de la suya y la voz del Coordinador le habló de bienvenida sintió temor y presurosa extendió su mano buscando a su par conocida, pero ya no estaba, la remplazaba un beso ligero en la frente y el movimiento ágil de quien reconoce en el afecto la debilidad que impide la acción certera. Asustada y ahora aferrada a su mochila escolar siguió a aquel señor que buscaba despertarle confianza a través de las palabras. Se sintió sorda, pasaron uno, dos y más salones. Su mirada recorría nuevos vacíos, una confusión de sentimientos invadió su cuerpo, en su estómago sentía volcanes que le atoraban el aliento, el miedo le hizo sentir frío en medio de la alta temperatura que se vivía en el colegio. Por fin, en un caminar que sintió casi eterno, se detuvieron frente a un salón en el que numerosos niños y niñas en silencio oían a la profesora. Al saludo del Coordinador, la

profesora y algunos de los estudiantes respondieron, creyó oír su nombre y algo parecido a una recomendación hacia ella, pero también fue distante, no quiso mirar a nadie, no quería estar allí. Se sentó en el pupitre indicado por la docente y aunque ésta fue acogedora con su mirada, ella insistía mentalmente en su negativa a sentirse incluida en ese ambiente.

“¿Hola, eres la niña nueva?” Fue la frase que una y otra vez escuchó el resto de la mañana. Era tan evidente, se destacaba por su vestuario distinto a la uniformidad de todos los otros, por su silencio que no compaginaba con las voces invitadas a callar con frecuencia por los docentes.

La hora de la salida

La hora de la salida fue impresionante para ella. El remolino de niños y niñas la sumió en un enredo humano que jamás había vivido. Salir de la escuela era más sencillo que salir de su propia casa en la región de donde venía. Aquí, era caminar apresuradamente entre cientos de compañeros, entre voces, risas y algarabías como quien rompe la caja de mariposas aprisionadas en manos del coleccionista. La sensación de temor, en esta oportunidad, estaba paradójicamente acompañada por el placer de encontrar el planeta de los suyos. Había crecido entre adultos, había escuchado por años y en silencio los problemas de los grandes, el nombre de los de su misma edad lo había grabado con la facilidad de quien memoriza el avemaría y pensó que jamás podría recordar el nombre de los que hoy la envolvían camino a la calle del colegio. Se sintió grande, perdida entre tanta gente, pero agradecida con su padre por traerla a un mundo pensado para ella.

La tempestad de ideas que surgían en su cabeza fue interrumpida por las palabras de una niña vestida de uniforme: *tu mamá te*

está buscando. Quién era esta niña, cómo conocía a su mamá, y, a todas estas, por qué su mamá, si ella jamás salía de casa. Dónde estaba su padre. No debía estar allí para saber cómo había sido su primer día en el colegio, al fin y al cabo en la escuela siempre fue su padre el que la llevaba y la recogía. Fue él quien un día interrumpió la clase y tomó su mano y no la dejó coger sus libros, ni darle el beso ritual de despedida a su profesora, fue él quien con ella en sus brazos corrió al camión que sería su hogar por varios días, fue él quien le contó historias sobre los paisajes que cada día veía, el que le prometió un mundo nuevo construido para ella porque ya no era una niña.

El rostro mustio de sonrisa incipiente, tantas veces visto se posó de frente. El abrazo y los besos le hicieron sentir en casa en medio del ruido de la calle principal que rodea el colegio. Las palabras entre ellas allí sobraban, avanzaron algunos pasos entre la gente y de nuevo la niña de uniforme con mirada alegre interrumpió sus pensamientos. *Qué bien, contraste a tu mamá. Bueno nos vemos mañana. Fresca, aquí es chévere, chao.* Había hablado sin esperar respuesta. Las palabras de esta niña le hicieron pensar que su miedo era evidente y sintió vergüenza por ella, por defraudar a su padre; cómo contarle que se sintió sola, perdida, que no habló con nadie, que se aferró al pupitre durante todas esas interminables horas y que fueron los pasos de los otros estudiantes los que la pusieron en los brazos de su madre. Cómo decirle que olvidó sus recomendaciones, los pasos detallados que frecuentemente le repite para que logre ser la profesional que él sueña, cómo decirle que tuvo miedo cuando lo oye hablar de lo miserable del cobarde.

La amiga

Su clase tiene más estudiantes que toda su anterior escuela. Entre los nuevos compañeros reconoce a la niña del uniforme, los de-

más la observan y la saludan, pero son distantes. Cada mañana su madre la acompaña al colegio y es ella quien la recoge, según le explicó su padre, el horario de su nuevo trabajo no le permite ser él quien la acompañe. Por eso, las jornadas en casa hay que aprovecharlas para comentar sin descanso con su padre, de manera minuciosa cada detalle de su nuevo colegio, lo que siente, lo que piensa jamás ha sido secreto para el padre. Le agrada pensar que tenga el mismo horario en su trabajo que ella en su colegio, porque siempre está en casa cuando ella también está.

Los adultos piensan que los niños hacen amigos con facilidad y ella considera que es verdad, pero ella ya no es una niña, es una adolescente y no es fácil hacer amigos. La rivalidad entre las de su género es indudable, la competencia por destacarse hace que las discusiones con frecuencia se presenten y la certeza de una amiga está siempre acompañada de prevención. Pero la niña de uniforme, como un día la llamó, es diferente. En una complicidad que nació lentamente, se han venido convirtiendo en buenas amigas, comparar la tarea, hacer la fila en la cafetería y dejarse colar mutuamente, compartir el papelito oculto del docente, crear las claves secretas para la evaluación, sostener la puerta del baño ligeramente dañada por el uso frecuente, disimular la risa contagiosa en plena sonata del himno de la patria, susurrar los halagos por el mismo chico que las trasnocha, crecer, crecer juntas las ha vuelto confdentes.

Su padre siempre ha estado pendiente de sus tareas. Desde sus primeros años en la escuela lo ha visto leer todo cuanto a sus manos llega. Recuerda que de pequeña le decía que pusiera una escuela porque él sabía más que su maestra. El tiempo ha pasado, su padre sigue siendo el maestro y misteriosamente sabe lo que también en el colegio a ella le enseñan. Por eso, con orgullo invita a su amiga, la niña del uniforme, a hacer la tarea extra-clase que asignó la maestra. La tar-

de pasa y con ella otras cuando aprender se hace grato entre historias, onces, hojas, impresiones, vinilos y marcadores. El día llega en que el padre de la niña de uniforme debe recogerla. La puerta se abre y las miradas de los dos señores se encuentran. El dueño de casa extiende la mano y el visitante se la reserva. Hay un silencio que se rompe con la algarabía de las dos niñas que orgullosas abrazan a sus respectivos padres y los presentan. Esa noche en dos hogares se siente el frío de la tristeza, en los cerebros de los dos hombres, palabras van palabras llegan, palabras que marcan distancia, palabras que aferran a sentimientos y pensamientos, ideologías envenenadas por el poder y la indolencia. Las niñas duermen y entre sus sueños el alma fuye con esperanza, el mundo gira con inocencia y los proyectos nacen sin límites, sin barreras, las familias se hacen grandes porque no es la sangre lo único que las une, son los sueños, las esperanzas, la necesidad la que las acerca.

El mundo del colegio es y será el espacio de complicidad de las dos amigas. Ahora confdentes porque se sienten más unidas, sus padres se conocen, son prácticamente vecinas, sus historias curiosamente son parecidas, por épocas muy próximas llegaron al colegio, han compartido sus secretos, sus temores y sus dudas, pero también han sido apoyo y encuentro para sus fortalezas e ilusiones, han compartido las miradas coquetas por los mismos niños y han compartido los mismos sentimientos por los profesores, los mismos gustos por la ropa, por el color de la tinta de sus lapiceros preferidos, por las canciones que escuchan atadas por el audífono pegado al mismo reproductor de sonido, son amigas, son *parceritas*, como dirían los jóvenes de su barrio.

Mala jugada

Su barrio, el espacio de constantes encuentros y desencuentros, el refugio de

muchos que con su propia historia desean abrirse paso en otros ámbitos como si los capítulos de la vida se pudieran desligar y se renaciera en cada intento. El barrio, donde las historias fuyen con la misma realidad con que fuyen los problemas. Donde los vecinos se amarran con las tiras de colores en las épocas de festa; el lugar donde cada hecho tiene tantas explicaciones como transeúntes en sus calles. Donde todos conocen la historia de todos, pero nadie conoce al vecino. El barrio que la vio llegar y le construyó a ella y a su familia su propia génesis; el barrio que hoy tendría el tiempo para revivir su historia. Allí en una de sus calles, en medio de los gritos, de la confusión, del miedo y de la ya desgraciada costumbre, los ojos de su padre mirarían fijo a su enemigo, allí quedaría el hombre de contextura fuerte y mirada distante; el hombre que siempre demostró saber más que sus maestros, que inventó historias para justificar realidades, el hombre que le enseñó a demostrar fortaleza porque lo más miserable era el cobarde.

Su alma destrozada no comprende, las calles manchadas por la sangre de su padre, ahora las recorre con su amiga, la niña de uniforme, aquella que conoció en el aula de clase, donde ninguno es diferente, donde las mentes surgen a espaldas de los arrastres de la gente, donde todos se conocen como seres con futuro porque el pasado si es maldito no les pertenece, son amigas y lo serán para siempre.